

# Ya lo dijo Thomas

David Orell

Image not found.

# Capítulo 1

Copyright

© Todos los derechos reservados. Ya lo dijo Thomas. David Orell. Julio 2014

Twitter: @daveorell

Facebook: David Orell

Blog:

[www.davidorell.com](http://www.davidorell.com)

Imagen de la portada tomada desde

<http://www.morguefile.com/creative/kconnors>

Esta obra se encuentra registrada bajo licencia de: Safe Creative no. 1407211550314

Dedicatoria

A mis padres por estar siempre a mi lado, a mi pareja por apoyarme incondicionalmente, a mi familia y a todos mis amigos sin olvidarme de ninguno de ellos.

Prólogo

«Ya lo dijo Thomas», de David Orell, es un conjunto de relatos que, alejado de caminos trillados, balizas y postes indicadores, discurre por paisajes refrescantes y originales, un detalle que en estos tiempos de «packs literarios» y «tour- biblio-operadores», se agradece. ¿Me estoy pasando con la metáfora viajera? No, nada de eso. El paralelismo entre el universo turístico y el mundo de la literatura no me parece ocioso. «Más de lo mismo» es el nuevo espíritu de los tiempos, el Zeitgeist de pacotilla que intentan meternos con calzador, y en un clima así no podía tardar en llegar el «hay que leer lo mismo porque todo el mundo lo lee». Siendo alguien que ha intentado mantenerse siempre unos metros al margen del rebaño, no he podido evitar reparar en ese detalle. David Orell destaca por su diferencia. Sabe escribir, sí, pero no escribe como el resto, y eso es lo que más me gusta de él. Sus relatos son breves, pero te dejan un

regusto que permanece durante horas. Hay humor, giros inesperados y finales sorprendentes. E intentar hacer aquí una radiografía de cada relato sería como destriparlo. Hay que leerlos, uno a uno, tomándonos nuestro tiempo a pesar de su brevedad, porque los mejores momentos de la vida son siempre los que transcurren con mayor velocidad, imposibles de apresar. Y cuando queremos darnos cuenta..., ya no están.

Jorge Romera Pino |

[www.asquerosamentesano.com](http://www.asquerosamentesano.com)

Ramiro

Ramiro estaba enfermo y estaba solo, no había nadie más con él cuando echó el cierre a lo que llevaba toda su vida dedicándose en cuerpo y alma. Después de setenta y siete años cobijando miles de libros entre sus estantes, se despedía con tristeza para siempre.

Antes de cerrar la puerta miró todos esos estantes vacíos que, durante años, le habían colmado de vida y sabía que después del cierre todo acabaría muy pronto.

En sus manos sostenía un cuaderno y un bolígrafo, luego tomó asiento en uno de los bancos de madera y empezó a escribir. Cuando finalizó, arrancó la hoja escrita y con cinta adhesiva la pegó en la cristalera del local. Seguidamente se marchó a paso lento calle abajo.

La gente enseguida fue a leer aquella nota que decía:

«No es posible vivir sin libros» Thomas Jefferson.

Impaciencia

(Del lat. *impatientia*).

Intranquilidad producida por algo que molesta o que no acaba de llegar.

## Bajo la lluvia

Te estuve esperando durante mucho tiempo pero no me dijiste nada. Nada que me hiciera sospechar que no vendrías a buscarme y tampoco vino nadie a decirme que no te pasarías por allí ni por asomo. Recorrí la calle de arriba a abajo sin perder de vista el portal del bar donde habíamos quedado en vernos, por si aparecías de repente. Dicen que quien espera, desespera, y yo, además de eso, ya no llevaba tabaco. ¿Por qué tenía que dejar de fumar esa semana? ¡Maldito vicio! Imposible contar cuantos cigarros me han acompañado en todos estos años, y encima echaba en falta uno, ¡qué bien me habría venido! Pero me daba vergüenza pedir un cigarrillo a la gente, hubiera estado bien que alguien me lo hubiera ofrecido.

Cansado, me apoyé sobre una farola donde se podía leer «Laura X Manu 4ever» y otros tantos tatuajes marcados con las llaves de las motos de los chavales. Aquella farola estaba helada y mi hombro izquierdo lo sabía más que nadie en el mundo. El frío de esa tarde me dejaba las manos casi tan azules como las de mi abuela cuando trabajaba en el huerto en pleno diciembre.

Había salido de casa olvidando los guantes y el abrigo. ¿Cómo iba yo a pensar que estaría tanto tiempo esperándote en la calle? Puedo ser valiente y resistir el frío hasta llegar al bar —allí dentro hace calor— y luego desafiar el cierzo hasta regresar a casa, pero no puedo soportar esas temperaturas durante tantas horas.

Sí, horas y horas esperando como un tonto. En mi cabeza no entra eso de marcharme a los quince minutos si no aparece nadie. Eso no va conmigo. Me gusta esperar un poco más por si aquella persona se ha retrasado debido alguna circunstancia.

Si no era suficiente con el frío de aquella tarde y las prisas por verte, empezó a llover con fuerza y aquella farola metálica donde yo me apoyaba no era un buen lugar donde estar en caso de relámpagos. Salí corriendo del parque que hay delante del bar, salté el pequeño muro de cemento, crucé velozmente la calle con cuidado de no ser atropellado y me resguardé de la lluvia debajo del balcón de un edificio que, a pesar de estar empapado de agua, me brindaba un refugio.

Empecé a temblar de frío y agaché la cabeza para cubrirme un poco más de aquella gélida tarde mientras observaba la calle bajo el chaparrón, veía

a la gente correr en busca de un techo, al igual que las hormigas huyendo del agua.

Lo que empezó como una llovizna pronto se convirtió en una gran tormenta, y aquel balcón ya no me cubría en absoluto. Pero yo por ti aguanté esperando como un guardia londinense a pesar de tener toda la ropa mojada y de estar pasando un frío tremendo.

A los diez minutos cesó el temporal. Las calles parecían toboganes acuáticos y las hojas muertas de los árboles pasaban fugaces entre las ruedas de los coches cuando no se quedaban atrapadas formando un pequeño muro de contención.

Y la pared que tenía detrás fue el principal testigo de mi perseverancia o testarudez. Con la paciencia llegando al límite volví a mirar el reloj. Había transcurrido cuarenta y cinco minutos de la hora. Resignado, suspiré profundamente y me fui a casa.

Un desconocido pasó muy cerca mientras paseaba a su perro, venía fumando un cigarro.

—Discúlpeme señor, ¿me puede dar un cigarro, por favor?

Era curioso comprobar cómo un cigarrillo podía darme tanta compañía al tiempo que me aportaba algo de calor mientras me largaba de allí, cansado de esperar y de creerte.

puede ser

— ¿Tú crees que nos volveremos a ver?

—Puede ser.

— ¿Puede ser?

—Sí.

— ¿Por qué dices «puede ser»?

—Porque yo creo que sí pero no estoy seguro

—Entiendo... ¿Y si hubiera una máquina del tiempo? Nos veríamos tantas

veces como quisiéramos.

—Pero ya no sería lo mismo, ya sabes, sin el «factor sorpresa».

—Viajaríamos en el tiempo hasta encontrarnos.

— ¿Tú la comprarías?

—Puede ser

— ¿Puede ser?

—Si no es muy cara y está de oferta, entonces sí.

— ¿Pagarías por vernos?

—Ahora que lo dices suena muy raro... ¿no?

—Un poco, pero hasta ahora yo no he pagado por verte.

—Sí que lo haces, con tus sonrisas.

—¡Bobo! No me digas eso que me pones rojo.

—Vale, pero que lo sepas.

— ¿Y si algún día estoy serio?

—Yo haré que sonrías.

— ¿Y si estoy nervioso?

—Yo haré que te tranquilices

— ¿Y si tengo frío?

—Yo te abrigaré.

— ¿Y si me pierdo?

—Yo te encontraré.

—Pues nos volveremos a ver, estoy del todo seguro.

—Nos veremos siempre que tú quieras que nos veamos.

(...)

— ¡Paco! ¡Termina ya de afeitarte o llegaremos tarde a la boda de tu hermana!

— ¡Sí, ya salgo!

Locura

(De loco).

1. f. Privación del juicio o del uso de la razón.
2. f. Acción inconsiderada o gran desacierto.
3. f. Acción que, por su carácter anómalo, causa sorpresa.
4. f. Exaltación del ánimo o de los ánimos, producida por algún afecto u otro incentivo.

Real Academia Española

En la orilla

Hacía muy mal tiempo, llovía y el viento empezaba a levantarse, pero él estaba ahí, aterrorizado, en su mundo. Lo encontraron desnudo en la orilla de la playa, gritando con fuerza mientras movía los brazos como si estuviera remando en una barca. Pensaba que se iba a ahogar.

Los paseantes se quedaron sorprendidos al verle, algunos se reían y otros le grababan con el móvil para subir el vídeo a

Youtube,

pero fui yo quien se acercó con una manta y llamé al número que tiene inscrito en su pulsera de plata. Cuando le abrigué, él me abrazó y se puso

a llorar, me dijo que creía que iba a morir en alta mar. Enseguida le tranquilicé diciéndole que ya estaba a salvo y me miró agradecido temblando de frío y de miedo.

Ahora voy a verle una vez a la semana y sé que cuando le avisan de que he ido a visitarle, corre junto a sus amigos para presumir de que

Superman

es su mejor amigo y que le salvó de la muerte.

Sweet the sound

Como cada mañana, Nikka entraba en la cafetería cantando en voz baja una vieja canción, se sentaba en la mesa 7, la que estaba al fondo de la sala junto a la ventana, y en ella dejaba su bufanda y el bolso. Luego se quedaba mirando hacia la calle esperando a verla pasar junto a su perro y, como cada mañana, Nikka se sentía incapaz de salir a saludarla. No era la primera vez que la veía pasar con prisas, el labrador siempre tiraba con fuerza para llegar a la Gran Manzana y jugar con los aspersores de los jardines.

Nikka volvió a recordar la primera vez que se encontraron en esa misma cafetería, unos cuantos meses antes chocaron en la entrada y amablemente le cedió el paso, pues la vio saliendo con prisas del establecimiento donde el mismo labrador, que entonces era un adorable cachorro, permanecía esperando junto al árbol con la paciencia característica de un perro de tres meses. Desde entonces vibraba por ella y esa mañana tenía que ser la última vez que le dejara pasar sin decirle nada, aunque tuviera que salir corriendo hacia el parque para decirle cuan enamorada estaba. Mientras se maquillaba para la ocasión, ensayaba las mejores frases de las películas más románticas que conocía y, si se daba el caso, la besaría hasta hacerle ver que ella era la mujer de su vida.

Se sentía emocionada, un poco nerviosa, pero con la firme decisión ya tomada. No obstante había llegado con antelación para tomarse su café con un terrón de azúcar moreno y leche evaporada. Luego, cuando llegó la hora, se preparó para salir a su paso.

Esperó unos minutos y no pudo evitar su tic nervioso del pie derecho que saltaba de forma infinita bajo la mesa. Continuó la espera varios minutos más hasta que la aguja del reloj de la pared superaba la mitad de su

recorrido.

Preocupada, dejó las monedas en la mesa y salió a esperar en la calle. Se impacientó y se acercó al vendedor de tabaco a comprarle un paquete. Seguidamente extrajo un cigarro y cuando prendió fuego observó que a lo lejos ya venía su amor paseando con el labrador, como cada día, siguiendo la misma ruta con celeridad.

Una vez más repasó mentalmente todo aquello que iba a decirle mientras apagaba el cigarrillo con el tacón. A poco más de veinte metros venía con su perro y hablando por el móvil. Nikka les adoraba, les quería con locura tanto al perro como a la chica de mirada enigmática, ella era la culpable de que su corazón se llenara de vida.

Momentos antes se preparó con una amplia sonrisa situándose en medio de la acera, dispuesta a encontrarse por fin con esa chica a la que tantas veces había deseado. Introdujo su mano en el interior del bolso y la miró sin vacilar. La chica del perro estaba a tres metros, el encuentro era inminente, lo cual hizo latir a mil por hora el corazón de Nikka, y justo cuando sus ojos se cruzaron, un demoledor disparo sacudió la calle. La bala atravesó la frente de la chica de los cabellos dorados. El perro huyó asustado al igual que todas las personas que, gritando, se echaron desconcertadas al suelo para protegerse.

Tras aquel revuelo, distintas voces en su cabeza discutían ferozmente por saber quien había dado la orden de apretar el gatillo mientras guardaba el revólver. Y como si nada hubiera ocurrido delante de aquella cafetería empezó a caminar tarareando aquella vieja canción:

«Amazing Grace, how sweet the sound,□

That saved a wretch like me.□

I once was lost but now am found,□

Was blind, but now I see...»

Pandemónium

Nadie lo hubiera sospechado. El sol relucía sobre un cielo azulado. La gente en la ciudad se paseaba feliz, cada uno a lo suyo, haciendo las compras, leyendo en el parque, mirando escaparates. Un frenazo rompió

la calma. El conductor de un vehículo familiar se saltó un semáforo y a punto estuvo de atropellar al vendedor de la Once, pero el que iba detrás que hablaba por el móvil no lo vio e impactó sin poderlo remediar. El

airbag

saltó, afortunadamente, aunque no corrió la misma suerte el pasajero que salió despedido a través de la luna delantera y murió en el acto. Ambos vehículos quedaron dañados. El combustible del primero se derramaba por el asfalto hasta llegar al alcantarillado.

El cigarro que lanzó un inconsciente peatón fue lo que provocó una gran llamarada, carbonizando a los automóviles y a sus respectivos conductores.

La gente, alarmada, llamaba a emergencias. Todo eran gritos y un gran revuelo. En medio del caos, algunos aprovechaban para robar móviles o asaltar a los comercios y la policía no daba a basto. La intensa humareda ahogaba a la gente que caía desmayada sobre la acera. Otros, en cambio, se hacían fotos para Instagram y comentaban en Twitter la ineficacia de los servicios del Sámur. Otros, solo que sin móviles en mano, echaban la culpa a gritos a los políticos, y las marujas dejaban de batir la masa del bizcocho para hablar con la vecina de enfrente que tendía la ropa cotilleando a la vecina francesa que acostumbraba a pasearse desnuda por su casa.

Los Decepticons entraron en escena destruyéndolo todo a su paso. Los edificios colindantes se desmoronaban, Superman y Spiderman intentaban salvar a las personas de su interior pero ambos murieron aplastados por Hulk quien, muy cabreado, gruñía y golpeaba las paredes porque no veía a Robin por ninguna parte, pues se pensaba que se había marchado con Catwoman a jugar con ET y su largo dedo escondidos en algún rincón.

Las naves extraterrestres comandadas por la lagarta Diana competían contra las de Independence Day para saber quien aparcaba antes y conquistaba el planeta, pero no sabían que Darth Vader les vigilaba desde La Estrella de la Muerte con su rayo láser. Godzilla se aproximaba con sus «perros»: una legión de cantantes de reguetón capitaneados por Pitbull preparando un remix al grito de «Dale, Yatusabeh».

Una gran tormenta se cernía sobre una ciudad en llamas en la que muchos rascacielos ardían como las torres de un mundo

tolkiano

. Gipsy Danger luchaba contra un camaleón gigante que no hacía más que camuflarse. Y saliendo del metro, Terminator subido a una Vespa rosa se

pavoneaba ante las chonis que lo confundían con Mario Casas.

De repente se hizo la calma, una plataforma flotante sobrevolaba el caos con luces rosas de neón. Leticia Sabater y Marta Sánchez iban a cantar una versión cutre y makinera de Highway to Hell para todos sus colegas, pero gracias a que un tornado lleno de tiburones apareció por sorpresa y las alcanzó, ambas murieron devoradas por un gran blanco sangriento de dos cabezas. Ese momento fue capturado por Spielberg, vencedor de una disputa contra James Cameron que quería aprovechar todas las imágenes para la octava película de Avatar.

Justo cuando los pocos supervivientes de la ciudad creían que se iban a salvar, una manada de orcos y zombies hambrientos, que no encontraban ni un triste paquete de chopped, se los comieron como los niños devoran chocolates.

Un caos, un verdadero fin del mundo, que el más pequeño de la familia se había imaginado mientras jugaba con los Lego y todos sus juguetes sobre la alfombra del salón.

## Decepción

(Del lat. *deceptio*, -ōnis).

1. f. Pesar causado por un desengaño.
2. f. engaño (falta de verdad).

Real Academia Española

## Celos

Tengo frío, miedo y me siento muy solo en un lugar que no conozco, pero de la noche a la mañana me veo aquí incapaz de moverme y de ser feliz. Creo que después de cantar tantas canciones empiezo a comprender sus letras sobre el gélido tacto de la soledad y del abandono. Te ríes y te mofas de mí, aunque luego, cuando piensas que nadie te puede ver, lloras por las esquinas. Mi ausencia te resulta extraña y te veo temblar como un

niño pequeño debajo de su cama.

¿Ahora dices que me añoras, después de decirme que lo nuestro era lo más parecido al amor eterno? No te preocupes que yo me quedo aquí, hundiéndome en el dolor y flotando entre los recuerdos. Sí, esos que ya no quieres conservar, esos que ahora rechazas.

Dime, ¿dónde estaba yo cuando viviste el primer beso? ¿Quién te hizo brillar con grandeza cuando celebrabas tus éxitos? ¿Quién fue testigo de tus miles de errores? ¿Quién te abrazó cuando llorabas de tristeza? Ya no lo recuerdas, ¿verdad? Lo entiendo, ahora ya formo parte de tu pasado. Soy ese libro amontonado en una caja.

Corre libremente, sonríe y exprésale al mundo entero que eres un hombre nuevo, y no temas que no te seguiré.

Yo me quedaré ahí donde me has dejado, seré el centinela de la caja de tus recuerdos, pero ten a bien saber que cuando seas un viejo arrugado, ciego, calvo, un trozo de pellejo vulnerable, baboso y desdentado recordarás, si es que tu demencia senil te lo permite, que una vez en tu vida fui ese diente incisivo que te ayudaba a masticar tus alimentos, que lucía brillante en las fotos

canis

que te hacías frente al espejo del baño.

Y ahora tú, estúpido arrogante, ¿dices que te molestaba?

De besos y decepciones

—Pues la verdad que lo he intentado y no logro comprender por qué se puso así. No lo sé, en serio. La gente se vuelve más idiota con la edad.

¡Va y se pone de mal humor, la tía! ¿Sabes, sabes qué te digo? ¡Que le den y que se pierda por donde ha venido! La tía loca, ¿en serio se piensa que puede tratarme de cualquier manera? Después de lo que me hizo... Si lo hubiera sabido antes habría seguido a mi bola, pero claro, me pilló con el día tonto, y uno que no es de piedra... Me rendí a sus pies, embobado, con su carita de niña buena y los mofletes colorados.

Llámame idiota o tonto el higo o lo que tú quieras, pero a ti te vienen con ésas y fijo que ahora estarías tan cabreado como yo. ¡Debería denunciarla! ¡Sí! O esperarle con unos cuantos amigos y darle un susto en su habitación o cualquier otra movida que le haga saber con quien se ha metido, tiene que ser algo que jamás olvide. Te juro que la próxima vez me haré el sueco y me perderé lejos, muy lejos ¡pero no volverá a sucederme!

¡Que estoy muy

rayao

, joder! ¡Estas cosas no se hacen! No, al menos que lo hagan con más tacto. Si es que me tuvo que tocar la loca de turno diciéndome eso de maripositas por aquí y maripositas por allá, que si el amor es esto, que si el amor lo otro. En fin, el caso es que al final me grita, me empuja, me caigo al suelo y me suelta que le he decepcionado. ¡Que yo le he decepcionado! ¡Está muy loca, tío! Seguro que hoy se escapó durante el día de las jornadas abiertas del manicomio y vino aquí con sus ideas extravagantes como una diva sin éxito despojada de los laureles. Tendrías que haberla visto allí, con esas pintas, con los ojos que se salían de las órbitas gritando como una energúmena y bailando entre los árboles.

¿Pero, por qué tuve que salir de casa? Con lo a gusto que estaba durmiendo.

Lo peor es que luego van diciendo por ahí que nosotros somos todos iguales, que somos unos babosos. ¿Acaso ella es una santa? ¡Demonios, pero si ella vale por diez! Cuando aprenderán las mujeres que NO estamos hechos con el mismo patrón y que tenemos nuestro corazoncito...

—¿Pero qué fue lo que te pasó? ¿Qué te dijo?

—Pues la tía de repente me agarra, me besa, escupió al suelo y cuando volvió a mirarme a los ojos dijo que yo no era lo que esperaba. Entonces, me empujó y caí a la charca. Aún puedo escuchar su voz diciéndome que yo no era lo que esperaba.

—Joder, tío, te comprendo perfectamente, si es que la vida de sapo es muy complicada, amigo.

El interruptor

Estaban reformando la oficina de la empresa. Sobre nosotros, colgaba el tendido eléctrico, y los zapatos se nos llenaban de polvo, en fin, era caótico. Recuerdo perfectamente que ese día miré el reloj en el preciso momento en que éste marcaba las seis en punto de la tarde, a esa hora debía finalizar la jornada laboral. Suspiré, estaba cansado, me dolía la cabeza y la nariz, congestionada por el resfriado. Las últimas semanas habían sido intensas, decenas de expedientes se acumulaban sobre mi escritorio, por lo que no podía irme sin adelantar un poco más.

Mis compañeros se fueron marchando cada uno a su hora, mientras que yo, en mi cubículo, revisaba y organizaba las tareas pendientes. El último en salir debió de creer que era precisamente el último y antes de cerrar la puerta, apagó todas las luces. De no ser por el monitor de mi ordenador me habría quedado completamente a oscuras. Resultaba paradójico ver que la hoja de Excel era todo cuanto tenía para frenar mi nictofobia. Aún así, comencé a ponerme nervioso.

«Solo son unos metros», pensé.

Seguidamente, como si la vida se me fuera en ello, me puse de pie frente al largo y estrecho pasillo, apoyé mis manos en la mesa y respiré profundamente para tranquilizarme, pues el pánico me serpenteaba por las piernas. Inicié mis pasos con cautela para no tropezar y, palpando a ciegas las paredes de los demás cubículos, fríos por el aire acondicionado, recordé a Indiana Jones cruzando el abismo sobre un puente invisible.

«¡Tanto Windows y ni una ventana en toda la oficina!», protesté, sarcástico, en voz alta. Seguí avanzando despacio, con un ligero temblor en las rodillas que trataba de controlar, pero, de repente, todos mis esfuerzos se vinieron abajo al tropezar con el cable de la impresora. Con las manos en el suelo y mi lengua saboreando la moqueta, me di cuenta de que había perdido mis gafas. Me incorporé soltando un sonoro y contundente «suputamadre» que nadie escucharía. Recuerdo que tuve la inútil idea de abrir más los ojos en un intento por ver mejor. Así que por ahí andaba yo, con la torpeza de un cervatillo recién nacido y tanteando a mi suerte con los brazos estirados. Toqué algo robusto, como un armario de plástico y supe enseguida de que se trataba de la máquina de café. Me alegré, ya que esta se encontraba a tres metros de la puerta y, por supuesto, del interruptor.

Los nervios me recorrían el cuerpo como una infestación de cucarachas y, añadiendo mi ceguera, el resfriado, el pánico y el cabreo por haberme quedado a oscuras, creí que me estaban gastando una broma, pero no. Por no haber, no había ni cámaras de seguridad.

«¡Vamos que no es nada!», grité.

A partir de ahí tenía que ir con más cuidado hasta llegar al maldito interruptor, porque junto a la máquina había una planta de esas de plástico que tanto le gusta al director de la empresa, y pegado al Poto postizo, el perchero.

Usando las manos como guías, acaricié una chaqueta olvidada, y para el colmo de mis colmos, el perchero se me echó encima golpeándome en la cara. Empecé a sangrar por la nariz, o a saber si era moco teñido de sangre, todo podía ser. A mi estúpido accidente se sumó la chaqueta, que me atrapó como una red de pescadores. Aturdido, volví a estirar la mano para encender la luz y acabar de una vez por todas con tan aparatoso momento, cuando Doña Juana apareció cantando «Tengo el corazón contento» y pulsó el interruptor. Yo la miré gritar como un cerdo huyendo de sus captores. Ella vio un monstruo de ojos saltones con mocos rojizos colgando. La pobre acabó en el suelo, con la mano en el pecho, y yo explicándole esta historia a los de emergencias que no se creían lo que me había ocurrido.

## Epílogo

Si algo había querido salvar de su librería era los cuentos que le recordaban las fases que había pasado desde que supo que tenía que echar el cierre.

Las ventas ya no son lo que eran, su salud tampoco. Así que cuando se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que cerrar le invadió la IMPACIENCIA por buscar una solución.

Los días pasaban y tuvo que aceptar que no había solución. En sus largas noches de llantos descontrolados llegó casi a rozar la LOCURA.

Una vez echó fuera la marea de sentimientos dolorosos que lo carcomían con intensidad solo pudo ser el sujeto pasivo de una profunda DECEPCIÓN.

Y se autocastigaba leyendo una y otra vez todas esas obras que le evocaban los estados de ánimo por los que había pasado.

«No es posible vivir sin libros», dijo Thomas Jefferson. Y él ya había terminado de leer los pocos que había salvado.

## Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento para Cristina Grela por haber escrito un excelente epílogo, así como también me ha ayudado Daniel Renau en la elaboración del libro. ¡Os debo una cena!

David Orell